

La necrópolis de incineración de Can Piteu – Can Roqueta (Sabadell, Barcelona): caracterización del ritual funerario

Xavier Carlús* - Carmen Lara* - Javier López Cachero** - Núria Villena**

RESUMEN

En 1999 se llevó a cabo la excavación de la necrópolis de incineración de Can Piteu – Can Roqueta en Sabadell (Barcelona), lo que permitió documentar un número aproximado de 1100 tumbas. Durante el año 2001 se excavaron las urnas y vasos de acompañamiento de un total de 714 estructuras, de las cuales un 60% pertenecen al Bronce final, un 20% a la Primera Edad del Hierro y otro 20% se encuentran destruidas o pendientes de determinar cronológicamente. En este trabajo queremos presentar esta necrópolis, llamada a ser un punto de referencia ineludible para entender este período en el noreste peninsular, y dar a conocer los primeros resultados.

SUMMARY

In 1999 the excavation of the cremation necropolis of Can Piteu – Can Roqueta in Sabadell (Barcelona) was carried out, which allowed us to provide evidence for about 1100 graves. In 2001 the urns and complement vessels of 714 structures were excavated, 60% of which belong to the Late Bronze, 20% to the First Iron Age and 20% are destroyed or have still to be chronologically determined. The aim of this essay is to present this necropolis, which could be an inevitable reference point to the understanding of this period in the peninsular northeast, and to release the first results.

INTRODUCCIÓN

La necrópolis de Can Piteu-Can Roqueta (en adelante CPR) se halla emplazada en el sudeste del paraje arqueológico de Can Roqueta¹. Se encaja entre la ladera occidental de la sierra de la Salud y la ribera oriental del torrente de Can Llobateres. Mantiene una situación de preeminencia estratégica dentro del territorio que la rodea, ya que es visible desde una distancia considerable y desde la mayoría de las prominencias existentes en el paraje.

La necrópolis se encuentra al este del asentamiento prehistórico de Can Roqueta sector DIASA y al oeste de Can Roqueta II. Ambas estaciones están relacionadas cronológicamente con la necrópolis. La proximidad de estos asentamientos y su sincronía cronológica ponen en evidencia un modelo, ya apuntado por algunos investigadores, de asociación poblado-necrópolis en espacios diferenciados (GONZÁLEZ, MARTÍN y MORA, 1999).

El espacio ocupado por el yacimiento estaba afectado por la construcción de infraestructuras destinadas a servicios medioambientales, concretamente una estación depuradora de aguas residuales (CARLÚS y LARA, 2004). El proyecto de construcción del EDAR Sabadell – río Ripoll, llevado a cabo por la Agencia Catalana de l'Aigua del Departament de Medi Ambient de la Generalitat de Catalunya y realizada por la empresa Fomento de Construcciones y

* Arqueólogos. Dirección 1.ª fase.

* Depto. de Prehistòria, H. Antiga i Arqueologia, Fac. Geografia e Historia, UAB. Dirección 2.ª fase.

¹ Sobre los antecedentes del yacimiento y las diversas ocupaciones localizadas en el paraje de Can Roqueta, relacionadas física y cronológicamente con CPR, véase la comunicación publicada en estas mismas actas.

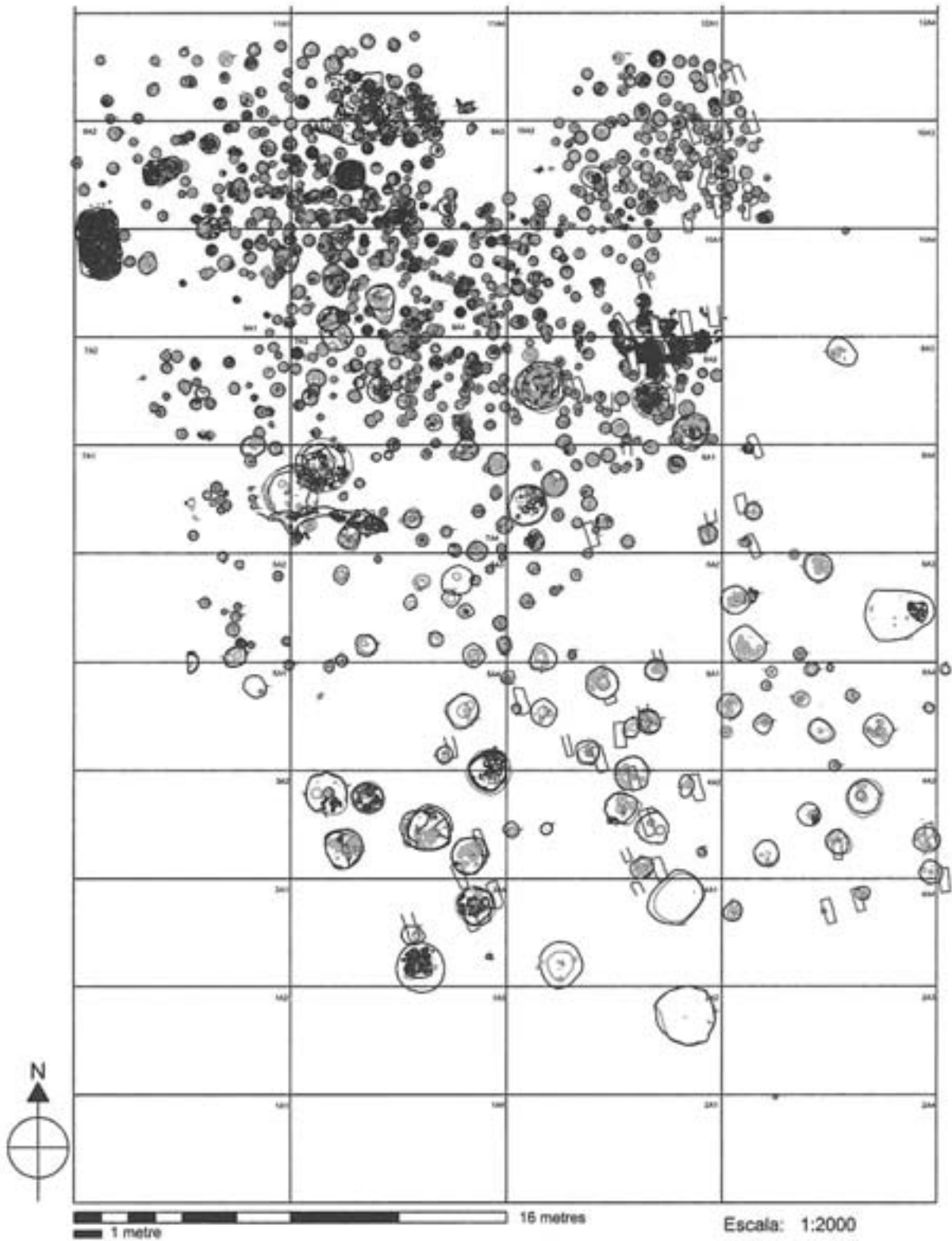


Fig. 1. Planta general de la necrópolis de Can Piteu – Can Roqueta.

Contratas S. A. motivó la realización de un seguimiento arqueológico² y una posterior excavación de urgencia coordinada por el Servei d'Arqueologia del Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya³.

El yacimiento de CPR puede dividirse en dos zonas bien diferenciadas: una primera zona integrada por un conjunto de pequeñas fosas aisladas, de carácter no funerario y de cronología indeterminada, y una segunda zona (fig. 1), que no llega a los 1000 m², la cual abraza la totalidad de las estructuras funerarias. Ambas zonas están separadas por una distancia de unos 16 m. En el espacio intermedio no hay ningún tipo de estructura que permita relacionar ambas áreas.

La superficie conservada del yacimiento parece desnivelarse de este a oeste, hacia el torrente de Can Llobateres, con una suave pendiente que oscila entre las cotas 163,57 y 162,01. El espacio funerario se orienta de noroeste a sureste. El área ocupada por la necrópolis podría haber sido mucho más amplia. Se ha podido delimitar por el este, norte y sur, mientras que por el lado occidental los límites no parecen ser reales, ya que este sector fue mutilado, hacia los años sesenta y setenta del siglo pasado, por diversas infraestructuras fabriles. Esto quiere decir que tanto la superficie excavada como el total de estructuras documentadas podrían solo reflejar una parte de la verdadera extensión de la necrópolis.

El número de estructuras documentadas es de 1110, con una horquilla cronológica que englobaría el Bronce final y la Primera Edad del Hierro. Por otro lado, el número total de tumbas excavadas es de

1046, de las cuales un 47% pertenecen al Bronce final y un 20% a la Primera Edad del Hierro; el resto corresponden a estructuras pendientes de determinar cronológicamente. Han sido recuperados unos 2000 vasos, entre urnas cinerarias, tapaderas, vasos de acompañamiento y cerámicas rituales diversas. Hay que decir que el estado de conservación de este material es variable: depende del nivel estratigráfico o del grado de antropización acontecido en el sector donde se documentan.

METODOLOGÍA DE EXCAVACIÓN

La metodología de excavación y el sistema de registro desarrollados para el estudio de la necrópolis de CPR (CARLÚS y LARA, 2004) han tenido en cuenta las particularidades propias de este yacimiento, ya observadas en el proceso de prospección, como son:

1. La dificultad de identificar la forma y dimensiones de las tumbas en el sector norte. En este sector fue imposible diferenciar los límites de las tumbas, pues el sedimento perteneciente al sustrato natural, compuesto por arcillas de matriz arenosa, y el relleno que colmata las tumbas son idénticos. En estos casos, para la identificación de los límites y la morfología de las fosas se recurría a la presencia y dispersión espacial de los artefactos contenidos en las tumbas, principalmente restos de la deposición funeraria (cerámicas, metales y otros elementos) y de los sistemas de cubierta (piedras).
2. La densidad de tumbas. La gran densidad de estructuras existente en diferentes sectores del yacimiento, hasta el punto de generar una auténtica estratigrafía vertical, provocó que la excavación de la necrópolis fuera en todo momento muy compleja, razón por la cual se optó por realizar una excavación en extensión, sistema que consideramos el más apropiado para aislar las tumbas y documentar las diferentes relaciones físicas identificadas en el trabajo de campo.
3. La degradación sufrida por las tumbas, incluido el arrasamiento de la superficie del yacimiento, que se evidencia en el estado de conservación de los artefactos recuperados. Este factor está motivado tanto por los diferentes procesos históricos de antropización como tafonómicos, aspectos que también trataron de documentarse.

² Entre los meses de febrero y abril de 1999 el arqueólogo M. Martí realizó el control sistemático de los rebajes destinados a la construcción de la mencionada estación depuradora. El seguimiento arqueológico mostró un espacio emplazado a pocos metros de la masía de Can Piteu, integrado por un total de 17 fosas, algunas de ellas atribuibles a la Primera Edad del Hierro (Can Piteu II) y la necrópolis que presentamos en este artículo. En el transcurso de la prospección se delimitó de manera incipiente el espacio funerario, localizándose 200 indicios.

³ La intervención arqueológica en la necrópolis tuvo tres fases, la primera de las cuales se desarrolló entre el 19 de abril y el 8 de octubre de 1999, con un equipo formado por dos directores (X. Carlús y C. Lara), veintiún arqueólogos, cuatro restauradores de campo y dos peones. La segunda fase de excavación tuvo lugar entre el 19 de octubre y el 17 de diciembre de 1999. La tercera y última se ejecutó en enero de 2000. La intervención fue coordinada directamente por el Servei d'Arqueologia del Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya. El proyecto recibió y continúa recibiendo el soporte logístico del Museu d'Història de Sabadell.

El método de excavación que se desarrolló durante la fase de campo tuvo especial cuidado en documentar aspectos como el proceso constructivo de las tumbas (características de la fosa, presencia o ausencia de elementos arquitectónicos internos, contenido funerario y estructura de cubierta) o las relaciones físicas observadas entre ellas. El protocolo de excavación también incidió en el registro de todos los elementos que componen el hecho funerario, así como la consignación de las muestras extraídas para la realización de diferentes analíticas (carbones, sedimento para flotación, semillas, polen, geología y edafología).

La dinámica de excavación de campo se desarrolló de sur a norte, atendiendo a los intereses constructivos de la obra ejecutada, a partir de una cuadrícula de 1536 m² (32 x 48 m), subdividida en espacios de 128 m² (8 x 16 m). Esta cuadrícula permitió establecer la pauta de excavación de las tumbas, así como tener una referencia espacial inmediata de las estructuras y situarlas mediante procedimientos topográficos. En este contexto, cada estructura excavada, independientemente de su atribución funcional, período o de su situación, fue designada con un número correlativo, siguiendo el orden de excavación arriba descrito. Por último, los vasos cerámicos se consolidaban sobre el terreno⁴ para más tarde ser excavados en el laboratorio.

La excavación y documentación del contenido de las urnas y de los vasos exhumados en la necrópolis motivó una segunda fase de trabajo que se realizó en las instalaciones del Museu de Història de Sabadell⁵. El objetivo era la recuperación de los diferentes elementos contenidos y la recogida de muestras para las diferentes analíticas desarrolladas, así como la documentación de los procesos de destrucción y relleno de los vasos. Para ello, se definió un método de excavación a partir de las pautas y criterios utilizados durante la fase de campo que garantizara la obtención de toda la documentación necesaria para la reconstrucción de los gestos rituales desarrollados durante el proceso funerario, teniendo

en cuenta la deposición de los huesos y la situación de los diferentes elementos rituales que intervienen (ajuares y ofrendas).

El método de excavación de esta segunda fase puso especial hincapié en reproducir las mismas condiciones en que se documentaron los vasos en el campo. Para ello, se orientaban y situaban conforme a la posición que presentaban en el momento de su exhumación. A continuación, se documentaba la situación espacial de todos los artefactos y muestras recuperadas mediante la representación gráfica de sucesivas plantas y secciones y su inventariado con las coordenadas tridimensionales.

La excavación de los vasos se realizó a partir de la identificación de los diferentes niveles arqueológicos. En el caso de los vasos cinerarios se pudieron establecer dos capas bien definidas. Por un lado, la capa 2 es un nivel de creación antrópica que define la deposición funeraria originaria, es decir, los restos incinerados del difunto y las diferentes ofrendas realizadas. Por otro, la capa 1 es un nivel que se origina de forma natural, ya que se corresponde con el proceso de degradación del vaso y, por extensión, también de la tumba. En esta capa podemos documentar, generalmente, cómo la cubierta de la tumba se ha hundido, la tapadera del vaso ha cedido ante esa presión y, en definitiva, cómo el espacio vacío existente dentro del vaso se rellena de sedimento, piedras y restos cerámicos procedentes del exterior. De esta forma, la capa 1 se ha excavado siguiendo los niveles arqueológicos identificados individualmente para cada urna, mientras que la capa 2 se ha excavado mediante un sistema de tallas de 2 cm con el objetivo de valorar la existencia o inexistencia de un orden en la deposición de los distintos huesos.

La excavación del nivel de degradación del vaso permitió ampliar considerablemente la información extraída durante la excavación de campo acerca de la destrucción de las tumbas. De esta forma, se prestó especial atención a las evidencias de las posibles estructuras superiores existentes para determinar los diferentes tipos de cubrición y señalización de las estructuras funerarias.

En cuanto a la cuestión cronológica, fechar la necrópolis de CPR resulta un asunto complejo, por lo que aún no podemos concretar aspectos tan importantes como las diferentes fases de su crecimiento y evolución. No obstante, disponemos de algunos elementos que nos permiten realizar algunas valoraciones en torno a esta cuestión, como son:

1. Las relaciones físicas documentadas. Efectivamente, las tumbas e incluso los vasos con-

⁴ Trabajos realizados por ABAC, S. C. P.

⁵ La fase de excavación de los vasos de incineración y de acompañamiento se llevó a cabo entre el 1 de abril y el 15 de diciembre de 2001, bajo la dirección de J. López y N. Villena, y la coordinación con la excavación de campo de X. Carlús y C. Lara. Estos trabajos se desarrollaron en las instalaciones del Museu d'Història de Sabadell, bajo la coordinación del Servei d'Arqueologia del Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya. Esta campaña ha sido ejecutada por un equipo interdisciplinar constituido por seis arqueólogos y diversos especialistas.

tenidos en ellas pueden cortarse estratigráficamente, apoyarse o cubrirse entre sí, lo cual ha permitido documentar pequeñas estratigrafías verticales que deben complementar la horizontal.

2. La datación relativa de los materiales y las asociaciones documentadas, como por ejemplo, la ausencia o presencia de metal (cobre-bronce o hierro) o la existencia de determinadas producciones metálicas, mejor o peor fechadas.
3. La arquitectura de las tumbas.
4. La observación de otros yacimientos contemporáneos a la necrópolis datados por radiocarbono.
5. A estos elementos, habría que sumar las posibles dataciones de C^{14} que puedan llegar a realizarse.

Gracias a estos criterios de que disponemos se pueden observar dos grandes períodos, uno correspondiente al Bronce final que, como veremos más adelante, podemos remontar hasta finales del II milenio ANE en fechas calibradas, y otro de la Primera Edad del Hierro, que se desarrollaría entre el siglo VIII y el 600/575 ANE. Ambos períodos se encuentran bien individualizados a partir de unas características específicas. El problema principal reside en cómo definir la transición entre ambos conjuntos, cuestión a la que en este momento no podemos dar respuesta.

CONCEPTOS PREVIOS

La complejidad de la intervención nos ha llevado a diseñar una terminología específica que conviene explicar antes de entrar en materia. Estas categorías conceptuales fueron establecidas para atender a la gran diversidad que desde el punto de vista de la funcionalidad se observaba entre el contenido cerámico de las tumbas. La excavación de los vasos nos ha permitido concretar aún más esa gran variabilidad funcional, dependiente de la situación de los recipientes en el hecho funerario y de su contenido. Por lo tanto, el análisis de la presencia, composición, distribución espacial y contenido de los diversos elementos cerámicos presentes en las tumbas ha permitido establecer las diferentes categorías funcionales existentes en la necrópolis, categorías que pasamos a resumir.

- *Vaso cinerario* (VC) o *urna*. Es aquel contenedor que alberga la deposición antropológica. Suele llevar algún tipo de tapadera, ubi-

carse en una posición central de la tumba y destacar del resto de recipientes cerámicos por diferentes aspectos, fundamentalmente por la forma, sobre todo durante el Bronce final, y unas dimensiones mayores que el resto de los vasos.

- *Tapadera* (T). Elemento cerámico de forma troncocónica que permite tapar la urna cineraria y, de esta forma, protege su contenido funerario. Ocasionalmente estos elementos cerámicos pueden tapar VO.
- *Vaso de ofrendas* (VO). Se llama así a los diferentes vasos que acompañan al difunto dentro del ritual funerario. Algunos podrían tratarse de vasos personales del difunto, pero en la mayoría de los casos suponemos que llevarían algún tipo de ofrenda, generalmente alimenticia. Esta cuestión solo en muy pocas ocasiones se ha podido demostrar fehacientemente, ya sea mediante la conservación de restos óseos animales o a partir del análisis de los residuos orgánicos realizados.
- *Tapadera cineraria* (TC). Elemento formalmente similar a la tapadera, solo que en este caso cubre y protege un depósito antropológico colocado directamente sobre el suelo.
- *Plato cinerario* (PC). Se trata de un recipiente troncocónico que hace las veces de contenedor cinerario. La diferencia entre plato y tapadera se fundamenta en la posición que podemos deducir que ocupa dentro de la tumba. De esta manera, cuando es susceptible de contener algo, en este caso el depósito antropológico, y lo encontramos boca arriba, será un plato, mientras que cuando su función es la de proteger o tapar algo, su posición será invertida a la anterior y será denominado *tapadera*.
- *Plato* (P). Tal y como ha sido definido en el anterior caso, el plato es un recipiente troncocónico que es susceptible de contener algo, en este caso alguna ofrenda y nunca restos antropológicos.
- *Contenedor de vaso de ofrenda* (CVO). Es aquel recipiente que no contiene huesos y, en cambio, alberga un vasito de ofrendas en su interior. Esto no impide que este contenedor realice también las mismas funciones que un vaso de ofrendas.
- *Contenedor de vaso cinerario* (CVC). Como en el caso anterior, se trata de vaso que contiene en su interior una pequeña urna de inci-

neración. Igual que ocurre con el CVO, el CVC también puede realizar funciones de vaso de ofrendas.

- *Vaso de ofrendas dentro de un vaso cinerario (VO-VC)*. Es aquella urna cineraria que además de cumplir con su función de VC, alberga en su interior un vaso de ofrenda.
- *Vaso cinerario dentro de vaso cinerario (VC-VC)*. Esta categoría define aquellos casos en que un VC puede alojar en su interior otro vaso que desempeña esta misma función.
- *Vaso de función indeterminada (VI)*. Esta categoría hace referencia a aquellos vasos que han sufrido algún proceso de destrucción, junto con sus tumbas, lo cual no permite reconstruir con unas mínimas garantías su contenido y, por lo tanto, tampoco adscribirlo a alguna de las categorías funcionales anteriormente descritas. En la mayoría de los casos, la fragmentación de los vasos y el grado de conservación que presentan hacen dudar sobre la función que hay que atribuir a esos vasos. Este problema se da, por ejemplo, entre los bordes de las tapaderas y los de los vasos cinerarios de la Primera Edad del Hierro, los cuales presentan grandes parecidos. Precisamente para evitar tener que pronunciarnos sobre casos como este, hemos acuñado la categoría de los vasos indeterminados. Se trata de un grupo bastante numeroso, aunque la mayoría de los casos provienen de lo que hemos denominado hallazgos aislados (ver *infra*), cuyas concentraciones de materiales pueden responder a funcionalidades diversas, incluso no necesariamente funerarias.
- *Vaso ajeno a la estructura (VAE)*. Se trata de todos aquellos fragmentos de vasos que no pertenecen a ninguno de los vasos que constituyen la deposición funeraria original. Su origen proviene de la destrucción de otras tumbas, cuando se produce la dispersión y fragmentación de todo o parte de sus contenidos a lo largo de toda la superficie que ocupa la necrópolis. Más tarde, estos pequeños fragmentos de cerámicas aparecerán en el interior, tanto de tumbas como de vasos, formando parte del proceso de su relleno.

La revisión que se llevó a cabo del contenido de las estructuras durante la segunda fase y la excava-

ción de los vasos en el laboratorio permitieron documentar ampliamente este fenómeno que hemos descrito y que da lugar a los VAE. Dentro del primer caso, por ejemplo, fue muy frecuente encontrarse los vasos de la deposición funeraria original perfectamente conservados, mientras que al mismo tiempo y puntualmente aparecían pequeños fragmentos cerámicos correspondientes a otros individuos diferentes en el interior de la fosa, cuya dispersión, por otro lado, permitía definir con ciertas garantías los límites físicos de la tumba. En cuanto a la excavación de los vasos, esta también proporcionó numerosos ejemplos. Durante estos trabajos, reiteradamente se pudo documentar una secuencia estratigráfica en el relleno de los vasos que permitía deducir un orden en la entrada de los diferentes elementos contenidos. Estos datos permitían reconstruir el proceso de relleno de los vasos, con la tapadera fragmentada y directamente caída sobre los huesos, los restos del propio vaso junto las piedras provenientes de la cubierta de la tumba y, finalmente, los restos de estos VAE. Así pues, esta relación estratigráfica venía a confirmar la procedencia exterior de estos elementos.

Todas estas categorías funcionales que hemos establecido se pueden englobar dentro de cuatro agrupaciones diferentes.

El conjunto principal

Este concepto hace referencia a todos aquellos elementos que dentro de la tumba se encuentran asociados con los restos del difunto, ya sea porque contienen sus restos (VC) o porque los protegen (T). En la inmensa mayoría de las ocasiones este conjunto principal está compuesto por un vaso cinerario y su tapadera, ambos de cerámica. No obstante, existen otras muchas posibilidades. Son las siguientes:

- VC tapado con un plato.
- VC con tapadera de piedra.
- VC sin tapadera. Se trata de un caso bastante representado a pesar de los problemas interpretativos que ello conlleva⁶.
- Plato cinerario.

⁶ Nos referimos a que en muchos casos llegamos a esta interpretación a partir de conjuntos principales que pueden haber sufrido un intenso proceso de destrucción que, tal vez, no hayan permitido la conservación de la tapadera. Igualmente, en otros casos mejor conservados siempre nos quedará la duda de si se utilizó un sistema de protección alternativo a la tapadera de cerámica o de piedra.

- Plato cinerario dispuesto sobre un contenedor de vaso de ofrenda.
- VC con una tapadera formada a partir de un fragmento informe de tinaja.
- Tapaderas que cubren los restos funerarios dispuestos directamente sobre el suelo de la fosa.
- Agrupaciones de restos antropológicos sin contenedor ni cobertura de cerámica. Esto no excluye la posibilidad de que existieran elementos substitutivos realizados en materiales perecederos (madera, cestería, tejidos, etc.).

Otros vasos de la estructura

Los vasos que ni pertenecen al conjunto principal ni son VI y tampoco son VAE son considerados como vasos de ofrenda correspondientes al ajuar del difunto o bien como vasos cinerarios subsidiarios del principal. Estos vasos se clasifican por su funcionalidad, es decir, vaso cinerario, plato cinerario, vaso de ofrenda, plato o tapadera. De esta manera, junto con el conjunto principal se obtiene el total de vasos que constituyen la deposición funeraria original.

Los VI

Tal y como hemos explicado anteriormente, se trata de aquellos vasos que, principalmente debido al estado de conservación que presentan, no podemos atribuir a ninguna de las funciones arriba descritas. Como vaso individualizado y que forma parte de la deposición funeraria original se contabiliza dentro del total de vasos existentes en una estructura.

Los VAE

Este tipo de vasos también ha sido explicado con anterioridad. Son aquellos restos de vasos procedentes de estructuras erosionadas o destruidas en algún momento y que aparecen formando parte de los niveles de relleno, tanto de las estructuras como de los vasos que contienen.

ARQUITECTURA FUNERARIA Y COMPOSICIÓN DEL RITUAL

A continuación, realizaremos el análisis de las estructuras y del ritual funerario desarrollados en la

necrópolis. Los datos que exponemos son parciales y corresponden de manera exclusiva al sector oriental del cementerio. Esta área es representativa de la totalidad del espacio funerario de CPR y se caracteriza, principalmente, por el gran número y densidad de tumbas existentes. El volumen de la muestra permite realizar un estudio aproximado de la arquitectura funeraria y del ceremonial desarrollado durante los períodos que nos ocupan. La muestra está compuesta por 294 estructuras, entre tumbas y otros dispositivos.

La documentación utilizada procede de la excavación de campo y de la excavación del interior de los vasos funerarios. Los datos extraídos de la excavación de laboratorio han ampliado, sin duda, la visión que teníamos, a priori, de la arquitectura funeraria y de los procedimientos constructivos identificados durante la primera campaña de excavación y el posterior tratamiento de datos.

Las estructuras del Bronce final

En este apartado abordamos el análisis de las estructuras y del ritual funerario desarrollados en la fase del Bronce final. El estudio que presentamos se ha realizado a partir de una muestra de 207 estructuras (CARLÚS, 2002), situadas en el sector oriental de la necrópolis. El ámbito estudiado presenta una superficie de 110 m², incluye 198 tumbas de incineración, 1 empedrado que agrupa 11 enterramientos, 6 estructuras sin material osteológico y 2 hallazgos aislados.

Tumbas

Se trata de estructuras de enterramiento sencillas, asimilables al tipo 1 de PONS (2000: 35), constituidas por fosas excavadas en el subsuelo, de tamaño ajustado al volumen de los artefactos contenidos (fig. 2.1). Los restos del cadáver incinerado se depositan dentro de una urna, la cual se cubre con una tapadera cerámica o con una piedra más o menos trabajada. Generalmente el conjunto enterrado se halla protegido y señalizado mediante diversos sistemas: amontonamiento sencillo de piedras, sedimento... Este tipo de tumbas es el característico de los denominados *cementerios planos* (RUIZ ZAPATERO, 2001), entre los que encontramos paralelos en la mayoría de las necrópolis pertenecientes al Bronce final y a la Primera Edad del Hierro, desde los Pirineos hasta la

zona del Ebro, como por ejemplo, Can Bec de Baix (Agullana) (PALOL, 1958), Coll s'Avenc (Tavertet) (MOLIST, CRUELLS y BUXÓ, 1986), Can Missert (Terrassa) (PETIT, 1989) o El Molar (Tarragona) (VILA-SECA, 1943).

Estructuras sin material osteológico

Estas estructuras están constituidas por fosas de pequeñas dimensiones, con diámetros que oscilan entre 20 y 30 cm. En su interior suele disponerse un vaso con su tapadera. La ausencia o mínima presencia de huesos caracteriza este tipo de estructuras, lo que determina su estudio como un conjunto aparte de las tumbas. Por otro lado, no hay presencia de cobertura superior. Podemos interpretarlas de dos maneras:

- Estructuras funerarias sin contenido óseo. La ausencia de huesos o la existencia de pequeñas astillas, que no constituyen niveles osteológicos evidentes, pueden estar indicando una selección extrema de este material.
- Estructuras de carácter ritual. La ausencia de huesos y la presencia de cubiertas cerámicas podría indicar la existencia de ofrendas que preservar. Por otro lado, la falta, en algunos casos, de esta cubierta, podría otorgar al mismo vaso la categoría de ofrenda. La existencia de vasos depositados en el exterior de los enterramientos, como ofrendas rituales, en posibles visitas a las tumbas, ha sido documentada en necrópolis de tipo tumular, como La Colomina, en el Bajo Segre (FERRÁNDEZ, LAFUENTE, LÓPEZ y PLENS, 1991).

Empedrados

Mención aparte merece el empedrado CPR-247. Esta estructura de 5 m² señala y ofrece protección a un conjunto funerario integrado por 11 tumbas. Está constituido por una única hilada de cantos, de entre 5 y 10 cm de potencia, la cual se encaja en el nivel de arcilla donde se excavan las tumbas. El empedrado está afectado por los diversos trabajos agrícolas desarrollados en la zona; por tanto, se hace difícil definir sus límites y determinar su morfología. Aparte de las piedras descritas, encontramos pedazos dispersos de cerámica, algunos fragmentos de metal y astillas de hueso quemado. Estos elementos podrían proceder de la destrucción de las tumbas situadas en las proximidades. Por otro lado, y a modo de hipótesis, no podemos descar-

tar que estos elementos correspondan a artefactos destruidos: vasos de ofrenda, osarios y ajuares externos, asociados a las tumbas agrupadas.

Aparte de la estructura descrita, cabe señalar la existencia de un segundo empedrado, el CPR-1086, localizado en el sector noroeste de la necrópolis, el cual reúne las mismas características constructivas que el CPR-247. Respecto a su situación espacial, cabe destacar que estas concentraciones no están aisladas del resto de las tumbas del mismo período. Estos empedrados podrían ser interpretados como superestructuras de cobertura de tumbas relacionadas entre sí por motivos de parentesco o afinidad a un grupo social o económico.

Hallazgos aislados

Podemos definir como hallazgos aislados a aquellas estructuras que ponen en evidencia los distintos procesos de erosión y destrucción de las tumbas. Se trata de artefactos desplazados de su posición original: vasos, metales y piedras, que informan de los diversos procesos tafonómicos acontecidos a lo largo de la vida de la necrópolis.

Distribución y organización del espacio funerario

Las estructuras documentadas en el sector oriental se localizan en un área poligonal de poco más de 110 m². Este espacio de dimensiones irregulares, que se desarrolla de norte a sur, muestra una longitud máxima de 20 m y una amplitud de 10. Uno de los hechos remarcables es la gran densidad de tumbas existente, aproximadamente 1,9 estructuras por metro cuadrado. Esta densidad no es constante en toda el área intervenida; de esta manera el mayor número de tumbas se concentra en el tercio nororiental del sector, espacio que agrupa el 57% de las tumbas existentes. El número y concentración de estructuras disminuye a medida que avanzamos hacia el sur.

A pesar de la densidad existente, las superposiciones de tumbas no abundan; este hecho permite demostrar la eficacia de los sistemas de señalización utilizados para identificar las tumbas. Un hecho más corriente es la superposición o el contacto físico entre estructuras de cronología diferente. La intercalación de tumbas en el Bronce final se da en los sectores de más concentración. En este sentido la causa de dichas relaciones físicas puede plantearse de dos maneras diferentes: desconocimiento del terreno ocupado o voluntad predeterminada de agrupar tumbas.

La distribución de las tumbas se muestra irregular; en el estadio actual de las investigaciones no podemos demostrar la existencia de alineaciones concretas ni una ordenación interna de la necrópolis que permita inferir una organización planificada del espacio ocupado. La existencia de esta planificación se ha evidenciado en determinadas necrópolis catalanas como en el Pi de la Lliura (Vidreres). Aunque los datos son todavía parciales, se han podido identificar tres grupos de enterramientos separados de manera más o menos equidistante y que pueden ser unidos con tres líneas imaginarias paralelas entre sí y orientadas de este a oeste (PONS y SOLÉS, 2000: 51). Esta distribución ordenada de las tumbas según los puntos cardinales y las tumbas separadas por distancias similares es un fenómeno que se ha podido observar en otros espacios funerarios, como en la necrópolis de Coll s'Avenc (Tavertet), donde las tumbas parecen presentar una ordenación global que iría de noroeste a sudeste (MOLIST, CRUELLS y ANFRUNS, 1991: 79). Aún así, la distribución irregular de las tumbas parece ser lo habitual en las necrópolis de este período en Cataluña (CLOP *et alii*, 1998: 73).

Por otro lado, uno de los hechos que sí se observan, en este sector de la necrópolis, es la agrupación de determinadas tumbas. Se trata de pequeños conjuntos integrados por 2, 3 y 4 tumbas, separadas entre sí por una distancia más o menos regular. Este fenómeno no parece ser recurrente en todo el espacio ocupado, ya que los grupos se distribuyen de manera aleatoria por todo el sector, sin ningún orden aparente. Estos conjuntos podrían corresponder a grupos familiares o podrían expresar afinidades de consanguinidad, fenómeno contrastado en algunas necrópolis como Le Moulin à Mailhac (JANIN y CHARDENON, 2000). Aún así la existencia de estos conjuntos es muy minoritaria, dado que la mayor parte de las tumbas permanecen aisladas, separadas, las unas de las otras, por distancias variables.

Para concluir este capítulo queremos hacer referencia a la particular distribución de las tumbas y al crecimiento horizontal de la necrópolis. La distribución de los enterramientos permite plantear un hipotético crecimiento radial del sector oriental del cementerio. A modo de hipótesis planteamos la existencia de un núcleo primigenio, emplazado en el sector nororiental, que con el paso del tiempo podría haberse ido ensanchando hacia el norte y el sur. Este modelo de crecimiento en abanico lo tenemos representado en la necrópolis de Agullana: en la fase I se localizan en el centro de la necrópolis; en la fase II se continúa utilizando la zona central y se produce una

expansión en torno al núcleo primitivo; en la tercera y última fase, los enterramientos, aparte de superponerse, se disponen de manera preferente en las áreas más periféricas (RUIZ ZAPATERO, 2001: 274-274).

Análisis de los enterramientos: fosas, contenidos y estructuras superiores

El estudio global de las tumbas del Bronce final de CPR nos muestra una secuencia de actividades que reflejan un modo determinado de proceder y un ritual muy concreto. Esta sucesión de hechos y acciones es común, en la mayoría de los casos, a todos los enterramientos practicados en la necrópolis y de manera general se reproduce en todas las necrópolis del período. Esta secuencia se inicia con la excavación de la fosa de enterramiento, continúa con la deposición de los artefactos funerarios (contenedores, ajuar y cubiertas) y termina con el sellado de la tumba.

Las fosas de enterramiento

En líneas generales, las fosas son de tamaño reducido y se adaptan a las dimensiones máximas de los vasos implicados en el ritual funerario. Su morfología ha sido determinada a partir de la dispersión de los materiales contenidos, pues la falta de diferenciación sedimentológica entre los rellenos y la matriz geológica donde se excavan ha dificultado una apreciación más precisa de la morfología de los negativos. De esta forma, podemos deducir que las fosas presentan una morfología circular y paredes rectas o ligeramente convergentes.

Contenido de las tumbas

El aspecto más destacado es la simplicidad de los ajuares y de los conjuntos presentes en las tumbas. El 95% de los enterramientos, pertenecientes al Bronce final, muestran de manera exclusiva la urna funeraria, que contiene los restos del muerto, y la correspondiente cubierta. La presencia de metales y otros elementos rituales (ofrendas de tipo no bascular, malacología...) es muy pobre si se compara con el gran número de artefactos de este tipo aparecidos en tumbas sencillas de la Primera Edad del Hierro, documentadas en el mismo sector de la necrópolis. Hay que decir que esta simplicidad en la elaboración de los ajuares es recurrente en la mayoría de las necrópolis del período que nos ocupa.

Los conjuntos principales están integrados, generalmente, por un vaso cinerario y por una tapadera de cerámica (VC + T). Este binomio es el más frecuente en el sector oriental de la necrópolis, ya que supone el 80% del total de tumbas examinadas. Por otro lado, se han documentado algunas variaciones en la composición de estos conjuntos (fig. 2.2):

- VC + P. Este tipo no es muy habitual: supone el 4% de los conjuntos analizados. Se trata de una variante del primer tipo, donde la tapadera de cerámica se dispone a modo de plato, con la base dentro de la urna. Esta modalidad de conjunto principal, representada en 8 tumbas, no se ha documentado in situ, pero la inferimos a partir de la posición secundaria de los fragmentos caídos en el interior de los receptáculos funerarios. La particular disposición de estos elementos de cubierta permite establecer dos funciones, la segunda de ellas hipotética: protección del interior del vaso cinerario y sostenimiento de ofrendas.
- VC + T de piedra. En este caso la tapadera de cerámica ha sido sustituida por una cubierta pétreo. Constituye el 3% de los casos estudiados en el sector oriental de la necrópolis. Las piedras que ejercen de cubierta son de procedencia local: carbonatos y calcáreas. La mayoría están trabajadas con talla centrípeta, de forma preferentemente circular. Se disponen sobre el vaso cinerario, cubriendo los bordes pero no la totalidad de las urnas.
- VC sin cubierta. Este tipo supone el 11% de los casos examinados. La falta de tapadera sugiere tres posibles explicaciones: cubierta realizada con material perecedero (textil, cuero, madera, ramas o cualquier otro entramado de tipo vegetal), cubierta cerámica o lítica no conservada o, simplemente, cubierta inexistente.
- PC aislado. Este tipo está integrado por un único caso, donde el contenedor cinerario está constituido por un plato sin cubierta. La falta de elementos específicos de protección permite plantear las mismas hipótesis que en el anterior tipo.
- VC + PC. Este tipo está integrado por la urna, depositaria del paquete osteológico principal, y un segundo contenedor que ejerce de cubierta y, a la vez, de receptáculo funerario, probablemente subsidiario del

anterior. Este tipo de conjunto principal es excepcional, porque solo se ha documentado un caso (CPR-780).

En algunas ocasiones estos elementos los hallamos inclinados o ligeramente basculados; esta disposición, excepcional, no parece corresponder a ninguna intención ritual en particular, pues sería debida a movimientos postdeposicionales del contenido de las tumbas. Como ya hemos dicho, el conjunto principal puede ir solo o acompañado de otros vasos accesorios. En esta fase de la necrópolis este fenómeno, recurrente en una gran parte de las tumbas de la Primera Edad del Hierro, es un hecho extraño. Hay ciertos indicios de su presencia en 2 tumbas (CPR-523 y CPR-1011). Se trata de pequeños vasos situados fuera de la urna, pero dispuestos dentro de la fosa o sobre el conjunto principal. En el interior de la tumba también podemos localizar otros pequeños vasitos cinerarios. En el sector oriental de CPR los encontramos en las tumbas CPR-787 y CPR-1036. Estos contenedores cinerarios de segundo orden muestran las mismas características morfológicas que los vasos votivos. Los hallamos, in situ, en un costado de la urna, o destruidos, dentro del vaso principal. La falta de evidencias no permite conocer si estos vasos fueron colocados directamente dentro de la fosa o si se practicaron pequeños *loculi* anexos. Aparte de estos elementos de significación ritual documentamos, en la mayoría de las estructuras, pequeños fragmentos de cerámica pertenecientes a vasos ajenos (VAE) a las tumbas y que suelen corresponder a vasos destruidos. Como ya dijimos, la existencia de estos elementos es producto de la erosión de la superficie de la necrópolis.

El ajuar metálico (fig. 2.4) es escaso en este sector y por extensión en el resto de la necrópolis. La poca presencia o inexistencia de metales es frecuente en las necrópolis del Vallés, Osona, La Selva, Ampurdán, el Rosellón y el Languedoc occidental. En CPR el volumen de artefactos metálicos se incrementará con la aparición del hierro. La reducida amortización de bronce, en el período que nos ocupa, traduce la limitada producción metalúrgica durante este momento y, por tanto, el elevado valor de esta materia. Se trata fundamentalmente de elementos de guarnición personal, para la vestimenta y el cuerpo: agujas de cabeza enrollada, brazaletes sencillos y múltiples (habitualmente lisos y de manera ocasional decorados) y elementos de morfología anular con diversos tipos de sección. En CPR también se documentan las características pinzas de depilar y las navajas de

lámina rectangular-trapezoidal y enmangue variable, es decir, objetos de cuidado personal.

La totalidad de elementos amortizados se localizan dentro de la urna, dispuestos sobre el paquete osteológico (en 2 ocasiones) o, intercalados entre los huesos (en 6 ocasiones). Cuando documentamos objetos metálicos entre los restos óseos, aparecen siempre sobre un pequeño lecho de huesos de menos de 3 cm de grosor. Estos se disponen, generalmente, colocados de manera horizontal en el centro de la capa, aunque también pueden hallarse en los lados noreste y suroeste. Su disposición permite inferir una amortización cuidada, no exenta de intencionalidad ritual.

Aparte del ajuar metálico, los conjuntos del Bronce final pueden presentar otro tipo de ítems de significación ritual. En el sector oriental de la necrópolis estos elementos están representados por un único referente: se trata de una valva, no modificada, de *Arca noæ*.

Estructuras superiores

Definimos *estructuras superiores* como aquellos elementos arquitectónicos, contruidos sobre los hechos funerarios (tumbas y estructuras de tipo ritual), destinados a procurar protección o señalización. Estas estructuras constituyen la última acción dentro del proceso constructivo de las tumbas. El elemento básico de construcción es la piedra, aunque no podemos descartar la existencia de una técnica mixta que combinaría piedras y sedimento, procedente de la excavación de la propia tumba. La tipología de estas estructuras es variada y depende de su complejidad constructiva. El tipo de cobertura más habitual, dentro del Bronce final, es el integrado por un amontonamiento sencillo de piedras a modo de pequeño túmulo. Por otro lado, se han documentado variaciones singulares sobre el mismo sistema: una piedra aislada, dos bloques, una losa horizontal, anillo de piedras...

En el sector oriental de la necrópolis se han documentado 87 tumbas con indicios de cobertura superior. Los tipos (fig. 2.3) que a continuación pasamos a describir se han inferido a partir de las piedras localizadas en los diversos niveles de destrucción identificados en los enterramientos. Se trata, pues, de una tipología basada en lo conservado, sin que podamos descartar que los casos más simples sean, en realidad, una mínima parte conservada de sistemas de cubierta más complejos.

- Una piedra aislada. Cobertura integrada por un bloque trabajado o por un nódulo sin desbastar. Las tumbas que presentan este tipo de estructura superior constituyen el 3% del total documentado en el sector oriental de la necrópolis. Hay que destacar que el volumen y dimensiones de las piedras utilizadas no cubren la totalidad de la tumba; solamente protegen una parte de la superficie de las cubiertas.
- Dos piedras aisladas. Cobertura formada por dos bloques o losas superpuestas. Este tipo está representado por un único caso: el CPR-725.
- Losa horizontal. Cobertura formada por una piedra plana y de escaso grosor, más o menos trabajada, dispuesta sobre el conjunto cerámico. Este tipo, junto con los anteriores, es bastante marginal en el sector que nos ocupa, pues tan solo supone el 2% del total examinado.
- Amontonamiento de piedras. Cobertura integrada por un conjunto de piedras, de litología y volumen variables, amontonadas sin orden aparente sobre la tumba. Este tipo de cobertura podría ocupar toda la superficie de la tumba, apoyándose sobre la tapadera y sobresaliendo del enterramiento a modo de pequeño túmulo. Constituye la cobertura más representada en las tumbas del Bronce final, ya que supone el 37% de los casos documentados.
- Una piedra grande más cantos. Estructura integrada por un bloque o losa de gran volumen más un conjunto de piedras, de menor tamaño, amontonadas sobre la tumba. Este tipo supone una variante del tipo anterior y constituye el 17% del total examinado. A modo de hipótesis, pensamos que estos amontonamientos podrían disponerse sobre la urna y su tapadera, de manera más o menos ordenada. De esta manera, la piedra de mayor volumen podría ubicarse en el centro de la superficie, junto con el resto de las piedras que la circundarían.
- Dos piedras grandes más cantos. Estructura de cobertura formada por dos bloques de gran volumen más un conjunto de piedras de reducido tamaño, amontonadas sobre la tumba. Su proporción es menor que el anterior tipo: constituye el 8% de los casos documentados en el sector oriental de la necrópolis.

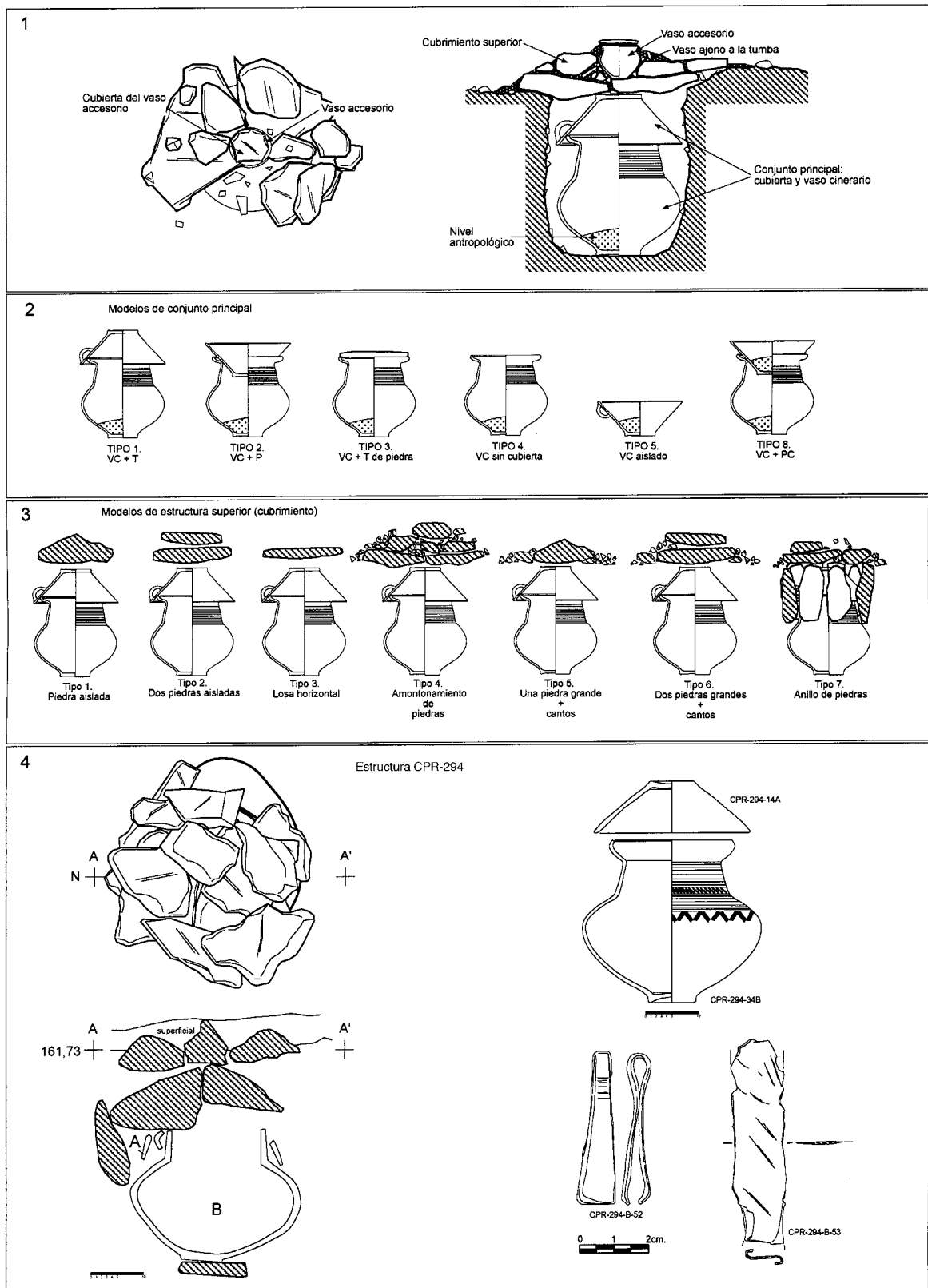


Fig. 2. El ritual funerario del Bronce final: composición de las tumbas, modelos de conjunto funerario y sistemas de cobertura.

— Anillo de piedras. Este tipo es el más complejo; está formado por un círculo de piedras (bloques o losas), sin trabajar, dispuestas alrededor de la urna y su tapadera. Las piedras aparecen clavadas de manera vertical, entre la urna y las paredes de la fosa, describiendo un anillo en torno al vaso cinerario. Estas piedras no llegan al fondo de la tumba; aparecen apoyadas sobre la carena o el cuello del vaso, sobresaliendo del conjunto principal. Esta estructura circular puede rematarse con un amontonamiento de piedras, como el descrito anteriormente, de volumen diverso y dispuesto sobre la tapadera de la urna.

Aparte de las categorías descritas hay que destacar un conjunto de tumbas (31% sobre 87 tumbas) que presentan indicios de la existencia de un cubrimiento superior. El deterioro del mismo no permite clasificarlo dentro de ninguna de las categorías establecidas para el Bronce final.

En este sector de la necrópolis no se han identificado señalizaciones específicas realizadas con artefactos pétreos a modo de estelas o similares. Este hecho podría explicarse por la desaparición de las señales o por la inexistencia de las mismas. Por otro lado, pensamos que las coberturas superiores podrían constituir, a la vez, estructuras de protección, delimitación y señalización de las tumbas. Estas estructuras, junto con las fosas y los osarios, constituyen un paquete integrado de medidas destinadas a proteger uno de los objetos principales del ritual funerario: los restos incinerados del finado.

Las estructuras de la Primera Edad del Hierro

Al igual que en las estructuras del Bronce final, hemos desarrollado el análisis sobre un número de estructuras de la Primera Edad del Hierro situadas en el sector oriental de la necrópolis (LARA, 2002). Este análisis se ha realizado sobre un total de 83 estructuras funerarias y 4 de funcionalidad indeterminada, situadas en dirección norte-sur y que ocupan un espacio de 434 m². Dado que los vasos de estas estructuras se han excavado en el laboratorio, tenemos una documentación completa y, por tanto, consideramos que es una muestra representativa del conjunto de estructuras de la necrópolis correspondientes a la cronología del Hierro.

Las tumbas

Se trata de fosas excavadas en el subsuelo, donde se coloca un contenido artefactual que consiste en un vaso principal, donde se encuentran ubicados los restos del individuo incinerado, su tapadera y los vasos de ofrenda (fig. 3.1). En la mayoría de las fosas de gran tamaño, encontramos la construcción de un *loculus* para inmovilizar el vaso principal. Se trata de un agujero excavado que no tiene más profundidad que la necesaria para calzar el tercio inferior del vaso. Otras posibilidades que se documentan en la estructura interna de estas fosas son, por un lado, la construcción de más de un *loculus* o el caso de *loculi* utilizados para inmovilizar los vasos de acompañamiento, aunque en este caso se trate de una excepción, ya que normalmente los vasos de ofrendas se calzan entre ellos.

La fosa estaría cubierta por material perecedero y por encima material lítico. Esta última apreciación la tenemos documentada en la cantidad de bloques líticos aparecidos en el interior de las fosas por encima del material cerámico. Por otra parte, hemos documentado en alguna estructura, como la CPR-741, unos encajes en las paredes muy posiblemente para instalar una estructura sólida de cubierta.

Las estructuras de funcionalidad indeterminada

Se trata de cuatro fosas de funcionalidad indeterminada, la CPR-62, la CPR-531, la CPR-532 y la CPR-536, que presentan diámetros superiores a 250, 215, 216 y 150 cm, respectivamente. De este conjunto, las tres primeras son las de mayor volumen de toda la necrópolis y contienen restos cerámicos fragmentados y, en algún caso, también restos antropológicos. Su cronología viene determinada por la morfología de las fosas y su situación en el sur de la necrópolis. La distribución de los pocos restos hallados nos hace pensar en que podían tener un tipo de funcionalidad ritual o que tal vez podía tratarse de fosas violadas, aunque no podemos asegurar estas hipótesis. No obstante, este tipo de estructuras en contexto de necrópolis y sin enterramiento lo tenemos representado en otras necrópolis, como en el Coll del Moro (RAFEL, 1993: 67).

Distribución y organización del espacio funerario

Las fosas de la Primera Edad del Hierro analizadas se encuentran, como indicábamos, en la parte

oriental de la necrópolis en dirección norte-sur y en un espacio de unos 434 m². Las zonas con un mayor número de estructuras de esta cronología se encuentran en el centro y el sur, mientras que en el norte se encuentran en una mínima proporción. Es importante destacar que, en la parte central de la necrópolis, la instalación de estructuras del Hierro afecta a las del Bronce, igual que sucede en Agullana (PALOL, 1943: 99). En algunos casos, se excavan en el mismo lugar o al lado, lo que provoca su destrucción y que numerosos restos cerámicos del Bronce final acaben formando parte del relleno de las tumbas del Hierro. Esta característica es bastante significativa, porque hay suficiente espacio en la parte sur de la necrópolis para la instalación de nuevas estructuras. No obstante, parece que hay una preferencia por continuar utilizando el mismo espacio que en épocas precedentes, aunque también es probable que, en un momento posterior, la construcción de tumbas se extienda hacia el sur de la necrópolis. Esto puede coincidir con el aumento en el tamaño y en la cantidad del contenido artefactual de las estructuras documentadas en esta zona. Por tanto, parece que la instalación de las primeras estructuras comienza en el norte de la necrópolis con la excavación de fosas simples o de pequeño tamaño. A medida que se instalan nuevas fosas se va ocupando el centro y sobre todo el sur con la construcción de fosas de gran tamaño. Estos sectores son los que presentan una mayor densidad de estructuras del Hierro.

En general podemos apreciar que hay una distancia considerable entre las tumbas que iría entre los 2 y los 4 ó 5 m. No obstante, en la parte central las distancias se reducen con una serie de estructuras que no llegan a separarse más de un metro. Se puede apreciar una serie de alineaciones, como es el caso de las estructuras CPR-223, CPR-969, CPR-805 y CPR-962. Este conjunto mantiene una oblicuidad en dirección noreste-sureste. Otro caso con la misma orientación se pone de manifiesto a partir de las estructuras CPR-66, CPR-65, CPR-83 y CPR-52. Estas asociaciones pueden responder a cuestiones de parentesco o simplemente a una ordenación y orientación premeditadas. En la necrópolis de Agde, Nickels señala también una estructuración similar de las tumbas en el espacio (NICKELS, MARCHAND y SCHWALLER, 1989: 99). La densidad de estructuras en el yacimiento de CPR es muy baja: 0,5 estructuras por metro cuadrado. En general, excepto estas alineaciones que hemos documentado, podemos decir que la instalación de las estructuras es bastante aleatoria y no encontramos a priori una jerarquización de las mismas en el espacio.

Las fosas de enterramiento

Para el análisis de la morfología de las fosas hemos tenido en cuenta los diámetros superior e inferior y su profundidad. Desgraciadamente, no se han podido establecer los límites de todas las fosas, debido a que ha habido dificultades para delimitar algunas estructuras por el tipo de sedimento que impedía diferenciar el interior del exterior de la fosa, sobre todo en aquellas estructuras excavadas en el nivel geológico de arcillas de matriz arenosa. En estos casos, las medidas de las estructuras se han podido tomar a partir de la dispersión del material arqueológico. Sin duda alguna, las estructuras con más facilidad para delimitar han sido las excavadas en limos carbonatados, coincidiendo con el sector sur de la necrópolis. Del conjunto de fosas estudiadas, se han podido establecer los límites en 53 casos, gracias a los cuales tenemos un buen conocimiento de la morfología de las tumbas (fig. 3.2). Hay diferentes tipos, pero las más abundantes son:

- Tipo 1. Planta circular, fondo plano y sección cilíndrica.
- Tipo 2. Planta circular, fondo cóncavo y sección troncocónica.
- Tipo 3. Planta circular, fondo plano y sección irregular.
- Tipo 4. Planta circular, fondo plano y sección troncocónica.
- Tipo 5. Planta circular, fondo cóncavo y sección lenticular.

También, atendiendo a su diámetro superior, hemos establecido tres parámetros de tamaños:

- Menores de 50 cm (fosas simples).
- Entre 51 y 100 cm (fosas medianas).
- Mayores de 101 cm (fosas de grandes dimensiones).

A partir de estos parámetros, hemos documentado 39 fosas de menos de 50 cm, es decir, un 45 % del total estudiado, lo que relacionaríamos con fosas de pequeñas dimensiones; otras 30 fosas, de entre 51 y 100 cm, pueden clasificarse como fosas medianas (34% del total), mientras que las fosas de más de 101 cm, o fosas de grandes dimensiones, constituyen un total de 18 casos, lo que supone un 21% del total. Por tanto, podemos decir que, en general, las estructuras de la Primera Edad del Hierro documentadas en esta parte oriental de la necrópolis tienen en su mayoría más de 51 cm, por lo que las podríamos considerar como medianas o de grandes dimensiones. Como casos más extremos, tenemos fosas, como la estruc-

tura CPR-12, situada en el norte de la necrópolis, con 30 cm de diámetro superior, mientras que la fosa CPR-495 presenta 206 cm de diámetro.

Contenido de las tumbas

El conjunto cerámico de las tumbas está integrado por las urnas, donde se encuentran los restos del finado, los vasos accesorios (de ofrenda o contenedores de ofrendas) y las tapaderas cerámicas que cubren el vaso cinerario (fig.s 3.3 y 3.4). Estas, en algunos casos, se encuentran dispuestas como platos en el interior de la fosa sin ejercer la función de cubrimiento, sino de acompañamiento en el ritual funerario. Los vasos accesorios debían hacer las funciones de contenedor de ofrendas alimentarias.

En cuanto a la organización del conjunto funerario, podemos decir que parece que haya una voluntad de ubicar el conjunto principal o vaso cinerario en el centro de la fosa, por la cantidad de fosas documentadas en este sentido. En cambio, no encontramos que haya un patrón de ubicación en la colocación de los vasos de ofrenda.

Parece que los vasos de ofrenda hubieran podido estar apoyados entre sí, hecho que no está claro, dado que la mayoría de estos se encuentran tumbados o inclinados. El hecho de encontrarse en esta posición debe explicarse como consecuencia de la caída de la cubierta superior de piedras y sedimento. Este hecho también lo tenemos representado en la necrópolis de Agullana (PALOL, 1943: 99). En las estructuras de CPR no se han documentado cuñas u otros sistemas de fijación a excepción de los *loculi*, que estarían destinados a inmovilizar algunos vasos. Podemos inferir que la verticalidad de los vasos en la mayoría de los casos se ha perdido a causa del sellado de las fosas por motivos antrópicos o naturales. Normalmente, los vasos se encuentran tumbados o inclinados en diferentes direcciones. Sin embargo, en muchos otros casos parece que estos no se han desplazado de su lugar de ubicación y conservan su posición vertical. Algunos investigadores apuntan la hipótesis de un sellado voluntario de las tumbas debido a la posición inclinada que generalmente presentan los vasos (TAFFANEL y JANIN: 332). No obstante, es probable que pudieran darse ambas alternativas de sellado, es decir, tanto por causas naturales como antrópicas.

El contenido de vasos por tumba es muy variable, y destaca su notable aumento respecto al período anterior. Del total de las estructuras estudiadas, hemos podido establecer las siguientes categorías:

- Estructuras con entre 1 y 2 vasos: 48,2%.
- Estructuras con 3 vasos: 23,4%.
- Estructuras con entre 4 y 8 vasos: 22,2%.
- Estructuras con entre 9 y 14 vasos: 6,2%.

Como podemos apreciar hay una gran cantidad de estructuras que contienen entre 1 y 2 vasos. Así mismo, dentro de la última categoría resulta mucho más habitual encontrar entre 9 y 11 vasos, con un único caso de 14 vasos. Una disposición ritual observada desde el Bronce final consiste en que los vasos cinerarios continuarán teniendo su tapadera cerámica y que en algunos casos esta se dispondrá como plato de manera inclinada en el interior de la fosa. Como vemos con la época precedente la cantidad de vasos aumenta considerablemente.

La documentación del laboratorio ha aportado la información de una serie de vasos que en su interior contienen otro. Estos pueden tener la funcionalidad de vaso cinerario o de vaso de ofrendas. Así, tenemos la estructura CPR-161 con un contenedor de vaso cinerario, es decir, un vaso cerámico cuyo interior alberga otro vaso con restos osteológicos de un incinerado. Las estructuras CPR-63 y CPR-461 contienen dos vasos de ofrendas situados en el interior de sus respectivos vasos cinerarios. Igualmente, la estructura CPR-533 presenta un vaso cinerario que a la vez contiene otro vaso cinerario. En la necrópolis de Agde encontramos paralelos de vasos en el interior de otros vasos, aunque en esta necrópolis la cantidad es mayor y en la misma tumba podemos encontrar más vasos que contengan otro (NICKELS, MARCHAND y SCHWALLER, 1989: 366).

Otro elemento que integra el ritual son los metales. La documentación de elementos metálicos se ha dado en 56 estructuras. De estas, en 40 fosas se ha documentado metal exclusivamente dentro del vaso cinerario, en 9 solo en el interior de la fosa y en 4 estructuras se ha documentado tanto en el interior de la fosa como del vaso funerario. Por último, en otras dos tumbas se han recuperado elementos metálicos en los vasos cinerarios y en los vasos de ofrenda.

Los objetos metálicos, de ornamento o con otra funcionalidad, pueden ser del difunto, pero también puede tratarse de ofrendas de una parte de la comunidad (JANIN, 2000).

Los elementos recuperados más habituales son los cuchillos tipo Gran Bassin I, cuyos paralelos más cercanos los localizamos en el Pla de la Brugera (CLOP *et alii*, 1998), Agullana (PALOL, 1958), Anglés (OLIVA y RIURO, 1968), Ampurias y Pla de la Gibrella (PONS, 1984) y El Molar (VILASECA, 1943). Otros

elementos recurrentes son las fíbulas, que pueden ser de pivote, de doble resorte, serpentiformes, las más abundantes, o de resorte bilateral. Los paralelos de este tipo los tenemos representados en la necrópolis próxima del Pla de la Bruguera (CLOP, FAURA, GAN-GONELLS y NAVARRO, 1993) y diversas necrópolis del sur de Francia. También hemos documentado un *simpulum* de bronce en un vaso de ofrendas de la estructura CPR-18 y diversos restos de asadores de hierro. Como ejemplo más espectacular, destacaríamos el ajuar del vaso cinerario de la estructura CPR-296, donde se han recuperado alrededor de 1000 botones de bronce y una hebilla (entre otros artefactos metálicos de hierro) que podían formar parte de un cinturón en piel u otro material percedero.

Muchos de los artefactos metálicos recuperados se encuentran afectados por la acción del fuego, por lo que parece que el difunto fue incinerado con algunos de estos objetos que documentamos en el interior de los vasos.

Otros elementos de tipo ritual que hemos documentado son fusayolas cerámicas, fauna, malacología marina, lascas de sílex, cuentas de pasta vítrea y de fayenza. La mayoría de estos elementos, como pasa con los metálicos, se han documentado en el interior de los vasos cinerarios.

En cuanto a los restos antropológicos, la tendencia es que únicamente se encuentren en el interior del recipiente cerámico. No obstante, tenemos el caso de 6 estructuras en que estos restos han sido localizados únicamente en el interior de la fosa, mientras que en otras 8 han aparecido tanto en la fosa como en el interior del vaso cinerario. La mayoría de los restos documentados en la fosa parece debido a la rotura de los vasos funerarios. En las estructuras donde solo se han encontrado en el interior de la fosa, estos restos se encuentran ubicados en cualquier punto, sin que se perciba la existencia de un patrón de colocación determinado, por lo que parece accidental. El caso de la estructura CPR-495 es el único en que podemos decir que hay una intencionalidad, ya que los restos se encuentran sin contenedor cerámico en el interior del *loculus* central. En Camp d'Alba, la tumba 20 es la única estructura que también ha aportado restos óseos sin contenedor cerámico. Según los autores, los restos podrían haberse encontrado en el interior de una especie de saco o envoltorio realizado en algún tipo de material percedero (JANIN, BURENS y CAROZZA, 1997).

ESTUDIO DE LA CERÁMICA

El estudio de la cerámica de la necrópolis de CPR se encuentra aún en proceso de elaboración. Actualmente, se está trabajando sobre un conjunto parcial que procede de las 732 estructuras completamente excavadas de un total de 1110 que hay contabilizadas. No obstante, a pesar de no realizar el estudio de todo el conjunto cerámico identificado, el material a estudiar es lo suficientemente voluminoso como para poder sacar conclusiones extensibles al resto de la necrópolis. En total, disponemos de un total de 1986 individuos cerámicos, de los cuales aproximadamente la mitad presentan un perfil completo o reconstruible, lo que en definitiva nos permite incluirlo dentro de nuestro estudio tipológico.

Metodología

La propuesta de tipología para CPR que estamos desarrollando se origina a partir de la definición de unos criterios morfométricos que nos permitan distinguir las diferentes formas cerámicas presentes en el yacimiento y, a partir de ellas, los distintos tipos y subtipos en que pueden dividirse. Para ello, hemos decidido tomar como punto de partida la propuesta de Picazo para los yacimientos de la Edad del Bronce del Sistema Ibérico turolense (PICAZO, 1993), según la cual se define *forma* como una entidad superior o clase a partir de la cual pueden determinarse lo que él llama *agrupamientos restringidos*, más comúnmente conocidos como *tipos*, los cuales como conjunto bien definido pueden presentar unos criterios funcionales o cronológicos propios. De este modo, hemos podido distinguir las siguientes formas:

Forma 1

Piezas con perfil simple, es decir, con dos puntos característicos ubicados en el borde y la base. El resultado son cerámicas troncocónicas o hemisféricas, siempre abiertas y, lógicamente, desprovistas de cuello. Este grupo se compone normalmente de los clásicos platos-tapaderas y en algunos casos de otros vasos de acompañamiento de pequeño tamaño. Ocasionalmente, pueden contener restos incinerados, por lo que habría que reconocerles una esporádica funcionalidad, en este caso como plato cinerario.

Forma 2

Piezas con perfil compuesto, es decir, con tres puntos característicos situados en el borde, a la altura del diámetro máximo y en la base. Son cerámicas similares a las anteriores, también sin cuello, pero con el borde diferenciado del resto del cuerpo, siempre reentrante respecto a este, por lo que sus diámetros nunca serán iguales. Se trata de un grupo donde son raras las formas bicónicas y predominan las hemisféricas o troncocónicas y que está formado por vasos de acompañamiento y por tapaderas, así como algunos vasos cinerarios.

Forma 3

Piezas de perfil complejo, es decir, con cinco puntos característicos (borde, unión borde-cuello, unión cuello-cuerpo, diámetro máximo del cuerpo y base) con dos puntos de inflexión correspondientes al cuello. Se trata de cerámicas que tienen un cuerpo más o menos globular, un cuello diferenciado y un borde recto, convexo o cóncavo. Esta forma está compuesta fundamentalmente por urnas cinerarias.

Forma 4

Piezas de perfil complejo, es decir, con cuatro puntos característicos (borde, cuello, diámetro máximo y base), con un punto de inflexión correspondiente al cuello. Se trata de cerámicas con perfil en S pero con mucha variedad interna en todos los aspectos (bases y pies, cuerpos, bordes y asas). Hay urnas cinerarias y vasos de acompañamiento de todas las dimensiones y variaciones morfométricas posibles.

Finalmente, hay que mencionar un conjunto de cerámicas que presentan unas características diferentes a las anteriores, lo cual justifica otro tipo de metodología de estudio. Se trata de dos vasos realizados a torno (una urna cruz del negro y un vasito pithoide) y diversas producciones realizadas a mano, entre las que sobresale un *askos*.

Una vez discriminadas las formas básicas, en un futuro próximo trataremos de establecer los diferentes tipos y subtipos a partir de diferentes procedimientos estadísticos, como el análisis de conglomerados (ACL) y el análisis factorial de los componentes principales (ACP).

Cronología y tipología**El Bronce final**

A nivel tipológico, dentro del Bronce final, tenemos fundamentalmente dos tipos de vasos cinerarios que se corresponderían con las formas 3 y 4, caracterizadas, las primeras (fig. 2.4), por bordes convexos y cuellos marcados, y por un perfil globular y un borde recto exvasado las segundas. Se trata, en definitiva, de unas producciones cerámicas que caracterizan también otras necrópolis de incineración contemporáneas, como es el caso de Can Missert, donde se estableció una periodización en la cual la forma 3 sería característica de las fases II y III, mientras que la forma 4 lo sería de la fase IV (ALMAGRO-GORBEA, 1977). Por último, las tapaderas, como es lógico, se encuadran mayoritariamente dentro de la forma 1. Todo esto nos muestra una importante estandarización de las producciones cerámicas destinadas a usos funerarios.

En cuanto a los sistemas decorativos de este período, las tapaderas se caracterizan por su escasez, a excepción de los clásicos acanalados horizontales o formando círculos concéntricos ubicados en la pared del interior del vaso o directamente sobre el fondo, respectivamente. De forma esporádica, también encontramos casos aislados de impresiones circulares también dispuestas en el interior.

Las urnas cinerarias pertenecientes a las formas 3 y 4 muestran decoraciones mucho más complejas, aunque todavía no se ha evaluado si existen diferencias entre ambos grupos. Por lo tanto, en conjunto predominan los acanalados de trazo fino y grueso para componer motivos simples (bandas horizontales, espigas o trazos oblicuos) o más complejos (meandros geométricos, dientes de sierra y guirrnaldas), así como múltiples combinatorias entre esos mismos motivos, ya sean simples o complejos. Aparte existe otro conjunto de decoraciones formado por círculos impresos o espigas incisas que también se pueden combinar con los anteriores. En casi todos los casos, las decoraciones se ubican en el cuello, en el cuerpo superior de las cerámicas, aunque excepcionalmente también contamos con motivos impresos en el mismo borde o acanalados horizontales en la propia base.

La Primera Edad del Hierro

La principal característica que observamos durante este período es que existe una mayor diversifi-

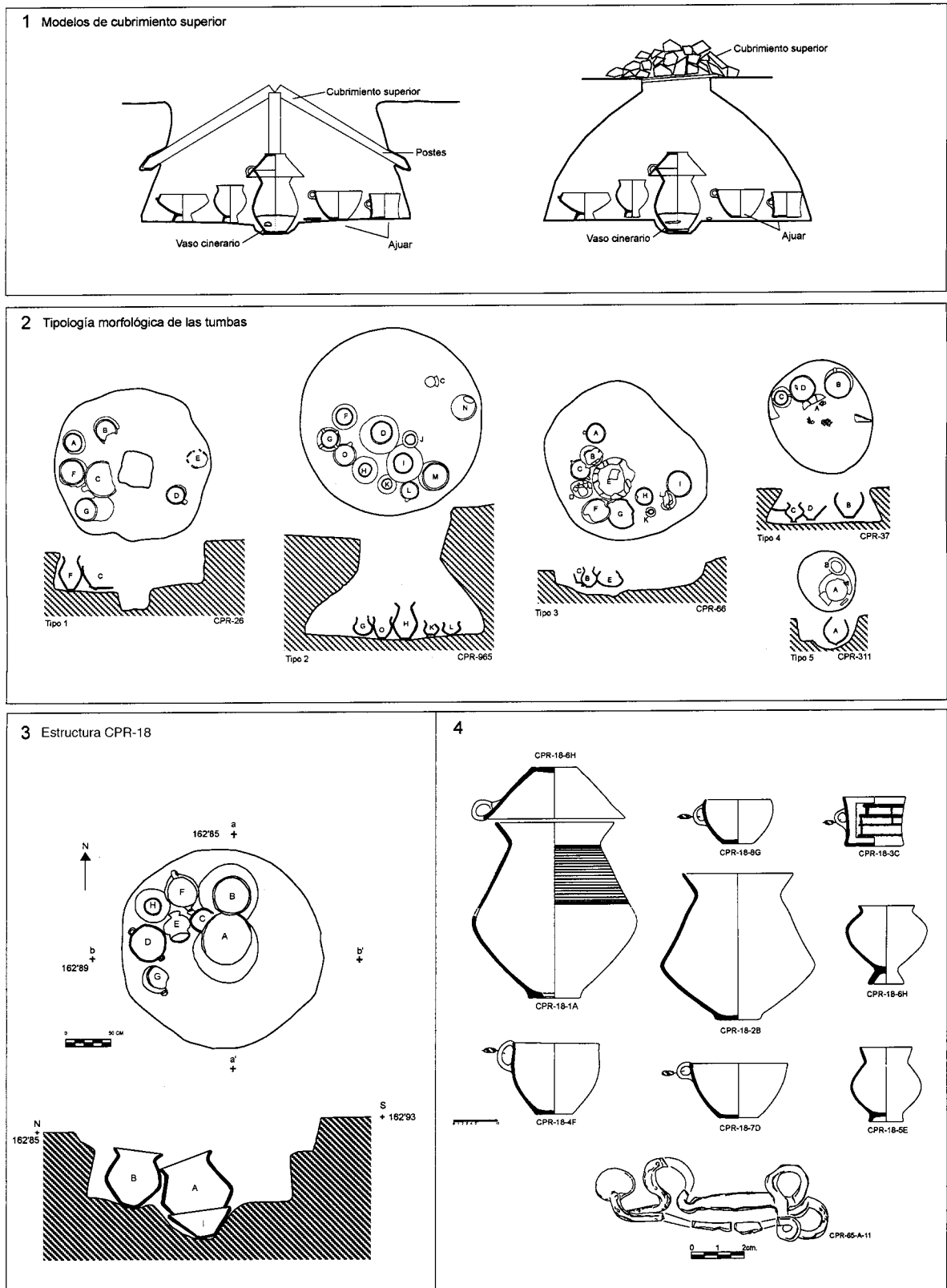


Fig. 3. El ritual funerario de la Primera Edad del Hierro: tipología, composición de las tumbas y sistemas de cobertura.

cación de los tipos cerámicos con la evolución de las formas de perfil en ese, cada vez más desarrolladas en sentido vertical, al menos en el caso de las urnas cinerarias, de forma que nos vamos alejando progresivamente de las anteriores formas globulares que aún pueden estar presentes en los vasos de acompañamiento (fig. 3.4).

Entre los vasos cinerarios predomina la forma 4, normalmente caracterizada por un perfil bitroncocónico con borde recto y exvasado, notablemente desarrollado, mientras que entre las tapaderas predominan las formas troncocónicas propias de la forma 1. En cuanto a los vasos de ofrenda, estos destacan por una gran variabilidad formal con la representación de todas las formas arriba definidas. En este conjunto, algunos ejemplares presentan las asas en número par de 2 ó 4, mientras que también proliferan los pies de dimensiones variables.

En cuanto a las decoraciones, cuantitativamente los vasos decorados son muchos menos que durante el Bronce final; sin embargo, las técnicas decorativas empleadas son más amplias. De esta forma, perduran los acanalados, pero con una variabilidad que se reduce a motivos horizontales, verticales u oblicuos. También encontramos diferentes tipos de impresiones, como los motivos de media caña o circulares, o los realizados con instrumento dentado, como los trazos cortos oblicuos bajo el cuello o sobre la carena o las líneas horizontales formando bandas rellenas con otros trazos oblicuos. Otros tipos de decoraciones que encontramos son las incisiones formando bandas horizontales de dos o tres líneas rellenas con otras incisiones verticales de doble o triple trazo, los cordones impresos y las pintadas, ya sea a modo de engobe o generando motivos geométricos. Por último, habría que señalar los diferentes casos de cerámicas con pies calados o con perforaciones.

RESULTADOS PRELIMINARES DEL ESTUDIO ANTROPOLÓGICO

Más de 550 vasos han sido ya estudiados totalizando nada menos que 98 kg de restos óseos, los cuales han sido excavados, determinados, analizados e inventariados. El volumen de trabajo realizado hasta el momento es enorme aunque inacabado, puesto que quedan aún unos 100 vasos por estudiar. Los resultados que presentamos son pues parciales, pero nos permiten vislumbrar las primeras líneas en las que se define la necrópolis de CPR.

A. La interpretación tafonómica de los restos

Excavar el interior de los vasos es una opción que aporta muchas ventajas. La primera es impedir que los huesos se fragmenten de nuevo excesivamente, pero la ventaja principal es la interpretación tafonómica a partir de la disposición de los restos dentro del vaso. Varias veces hemos podido poner de manifiesto la presencia de lo que hemos denominado *el hatillo*. La disposición de fragmentos que desafiando la ley de la gravedad se mantienen verticalmente en el interior de los vasos nos confirma que debería haber existido algún contenedor (un pañuelo o un saquito) de cuya existencia tan solo la disposición de los huesos da testimonio. En el vaso 296, por ejemplo, el hatillo fue un cinturón de bronce que envolvía los huesos en su interior.

Hemos observado sistemáticamente la disposición de los huesos en la superficie de la primera talla. A veces, se ha detectado la presencia de una concavidad en el centro del vaso que debería corresponder a la huella dejada por posibles ofrendas que se depositaron y que no se han conservado. El único testimonio de su presencia es el hueco que dejaron en la tierra. El ejemplo más espectacular corresponde al vaso 946, el cual presenta una doble concavidad en su centro.

Del mismo modo hemos detectado a veces una disposición de diáfisis en paralelo que indicarían la voluntad de rellenar los vasos cinerarios a partir de puñados de huesos depositados cuidadosamente en su interior.

La excavación pretende analizar la distribución de los huesos en el interior del vaso con el propósito de determinar si existe un modelo de deposición de los restos a partir de criterios no solo anatómicos sino también demográficos (por ejemplo: en el vaso 886 se ha determinado la presencia de dos individuos; en la parte superior del vaso se hallan los huesos de un niño y por debajo encontramos un individuo adulto grácil. Resulta imposible determinar el sexo de este individuo adulto pero podemos sospechar que pudiera tratarse de la madre del niño). La excavación del interior de los vasos nos permite, pues, observar que los dos individuos están estratigráficamente separados.

B. La determinación biológica de los restos

B.1. La determinación del número mínimo de individuos

Por cada vaso estudiado hemos determinado el número mínimo de individuos presente. A priori, consideramos que cada vaso contiene como mínimo uno. Somos conscientes que un individuo podría estar repartido en varios vasos, aunque no siempre es posible demostrarlo. Tampoco resulta evidente demostrar la presencia de más de un individuo. Tendremos en cuenta dos criterios básicos: el primero consiste en comprobar si existe repetición de un mismo hueso en el mismo vaso y el segundo en asegurarnos que no hay incompatibilidades osteológicas de edad, de robustez o incluso de peso. Sin embargo, para afirmar la presencia de un individuo adicional en un vaso necesitamos disponer de argumentos convincentes. Un fragmento discordante nos parece insuficiente para afirmar categóricamente la presencia de dos individuos. Por esta razón hemos tenido en cuenta el NMI (número mínimo de individuos) y el NPI (número posible de individuos).

En algunos casos hemos podido poner de relieve la presencia de individuos adicionales porque se asocia en el mismo vaso a individuos de talla adulta (adolescente-adulto) con individuos infantiles. Discernir entre dos individuos de talla adulta resulta más sutil y aunque por el momento hemos encontrado varios casos certeros, la mayoría de las veces forman parte de la opción de individuo adicional posible). Sin embargo, poder intuir o demostrar la presencia de individuos adicionales resulta excepcional.

Para analizar los resultados, hemos comparado las frecuencias entre sí ayudándonos del test χ^2 . Las comparaciones se han realizado teniendo en cuenta individuos seguros y posibles de manera conjunta y separadamente. Los valores de α obtenidos a partir del test χ^2 demuestran que en todos los casos analizados se obtiene una diferencia no significativa al 0,5%.

B.2. La determinación de la edad de los individuos

Determinar la edad de los individuos no resulta una tarea fácil. Podemos conocer la edad de individuos menores de 30 años con relativa precisión a condición de disponer de aquellos huesos que aún están formándose. Cuanto más joven es el individuo más huesos están en curso de formación y por consiguiente más posibilidades tenemos de afinar la edad. Una vez los huesos están completamente constituidos

la determinación de la edad resulta realmente compleja. La fragmentación y deformación de los restos no facilita la tarea. Además nos encontramos sistemáticamente con vasos que no contienen los restos de un individuo completo sino tan solo unos gramos de muestra. Por ello hemos obtenido un gran número de individuos adultos indeterminados y en cambio en pocas ocasiones podemos precisar si se trata de adultos jóvenes, maduros o seniles.

Sería necesario comparar los resultados obtenidos con una curva poblacional tipo. Ello no tiene sentido actualmente puesto que la totalidad de la necrópolis no está analizada; sin embargo los resultados hasta ahora obtenidos demuestran la presencia de un número importante de individuos infantiles.

B.3. La determinación del sexo de los individuos

La determinación del sexo de los individuos con fiabilidad (95%) se obtiene a partir de la observación de caracteres morfológicos que se encuentran en el hueso coxal. Ello supone que es preciso disponer de los fragmentos necesarios para la determinación, lo que ocurre en contadísimas ocasiones.

La determinación del sexo a partir del cráneo es mucho menos fiable. El cráneo es una región anatómica que encontramos frecuentemente pero no siempre disponemos de los fragmentos clave para la determinación. Además la deformación ocasionada por la cremación distorsiona el diagnóstico.

Ante la imposibilidad de determinar el sexo de los individuos nos vemos obligados a tener en cuenta criterios de gracilidad o robustez de los individuos y asociarlos a femenino o masculino, respectivamente, aunque somos conscientes que es una asociación muy peligrosa, que debe considerarse con precaución.

C. La cuantificación ponderal de los individuos

Los huesos han sido excavados siguiendo el criterio de tallas de 2 cm y a continuación se ha efectuado la determinación anatómica de cada una de las esquirlas encontradas. Finalmente se han pesado los restos (KROGMAN, 1978: 337; MACKINLEY, 1993) en una balanza electrónica (fiabilidad de 0,1 g). Podemos apreciar claramente que sea cual sea el período analizado, la mayoría de los vasos contienen una muestra representativa de los huesos del individuo, puesto que pocos son los vasos que contienen más de 400 g. Constatamos que un gran número de urnas contiene

menos de 100 g y que el número de urnas que contiene más huesos disminuye progresivamente; sin embargo será preciso tener en cuenta la relación existente entre el volumen total de cada vaso con respecto a los gramos óseos que contiene con el propósito de comprobar si existe una relación directa entre el volumen del contenedor y el volumen contenido.

Hemos comparado las frecuencias relativas al período del Bronce final con respecto a las de la Primera Edad del Hierro, para comprobar si existen diferencias entre las dos fases. El valor de α ($\alpha = 0,373$) obtenido a partir del test χ^2 demuestra que se obtiene una diferencia no significativa al 0,5%.

D. Los efectos de la cremación: color y fragmentación de los restos

- El color que predomina en la mayoría de los vasos cinerarios es el blanco lechoso. Ello nos indica que la temperatura de cremación era aproximadamente de unos 650 grados. En los vasos de la Primera Edad del Hierro tiende a predominar el color blanco yeso, lo que indica una temperatura de cremación aún más elevada.
- Los huesos presentan una mayor fragmentación en los vasos del Bronce final que en los de la Primera Edad del Hierro. Podemos constatar que normalmente los vasos del Bronce final tienen una gran mayoría de los fragmentos que oscilan entre 2 cm como máximo y menores de 1 cm. Resulta poco frecuente encontrar fragmentos que sobrepasen los 3 cm. Sin embargo en los vasos de la Primera Edad del Hierro hemos encontrado a veces fragmentos que pueden alcanzar hasta 6 y 7 cm.

Hemos presentado en este texto los primeros resultados obtenidos, aunque insistimos en que se trata de resultados preliminares, puesto que ni disponemos de la totalidad de los vasos estudiados ni se han tratado todos los aspectos que deberían constituir un estudio antropológico completo. Por lo tanto, nos hemos limitado simplemente a aquellos datos que permitían un estudio preliminar.

CONCLUSIONES

A nivel general, el horizonte del Bronce final se define por la particular arquitectura funeraria desa-

rollada en las necrópolis de incineración. En este sentido, CPR constituye un buen ejemplo de la más genuina tradición de cementerios planos con tumbas de incineración. Su morfología es asimilable a las necrópolis del Vallés como Can Missert (Tarrasa) o Pla de la Bruguera (Castellar del Vallés) o las necrópolis del área de Gerona, como Can Bec de Baix (Agullana).

El análisis de los receptáculos funerarios y de los artefactos contenidos permite inferir un ritual basado en la incineración de los cuerpos, la disposición de los restos dentro de urnas, el enterramiento dentro de pequeños *loculi* excavados en el substrato geológico y la construcción de pequeñas estructuras de protección que a la vez ejercen de señalización de las tumbas.

La impresión general que sugieren las tumbas y la pobre presencia de ajuares funerarios permiten inferir una sociedad enterrada con escasos medios materiales para remarcar posibles diferencias de estatus. La presencia de algunas tumbas con elementos de gran valor, como el metal, nos permite poner en evidencia la existencia de ciertos componentes grupales con un mayor poder acumulativo de riqueza y, posiblemente, un rol un tanto diferenciado del resto de finados. De todas maneras, hay que decir que la presencia de estos elementos de prestigio no tiene relación directa con la complejidad de las tumbas donde se localizan. Así pues, pensamos que el elemento diferenciador de un posible estatus no reside tanto en la arquitectura funeraria como en los objetos tradicionalmente considerados de prestigio. Esta contrastada ausencia de elementos metálicos y homogeneidad en el sistema de enterramiento se verán superados con la entrada de los primeros objetos de hierro.

El inicio de la necrópolis se debería fechar, probablemente, a finales del II milenio ANE en fechas calibradas. Para ello contamos con algunas fechas de radiocarbono obtenidas en una serie de yacimientos que presentan materiales similares a los de CPR, principalmente urnas de la forma 3 con carena suave, cuello generalmente marcado y borde convexo, pero también a partir de los motivos decorativos representados. Estos contextos fechados⁷ son, principalmente, la estructura 60, interpretada como posible horno, de Can Roqueta-DIASA (2950 \pm 45 BP) (MESTRES, 1999) y la necrópolis de inci-

⁷ Podríamos mencionar también la fecha procedente de la capa 8 de la cueva de Can Sadurní (2920 \pm 100 BP).

neración del Pi de la Lliura (2850 ± 40 BP) (PONS y SOLÉS, 2002).

En el estado actual de las investigaciones, aún no podemos establecer una fasificación interna para esta etapa del Bronce final. Sin embargo, podemos avanzar que la propuesta realizada en su día para Can Missert (ALMAGRO-GORBEA, 1977; RUIZ ZAPATERO, 1985) no se acaba de verificar, puesto que se ha observado a partir de algunas relaciones estratigráficas de la necrópolis que ambos tipos conviven, igual que ocurre en las zonas de hábitat del entorno más inmediato, como por ejemplo en Can Cortés (Sant Just Desvern) (ROVIRA y PETIT, 1997), en Can Mora (Badalona) (PETIT, 1985), en Can Bertrán (Cerdañola del Vallés) (FRANCÈS, 1992) o en la estructura CR-37 de Can Roqueta – DIASA (Sabadell) que además cuenta con una datación de 2630 ± 50 BP (BOQUER, CARLÚS y FRANCÈS, 1999).

En el mismo sector estudiado, podemos observar cómo en la Primera Edad del Hierro aparecen tumbas con ricos ajuares, metálicos y cerámicos, así como un aumento de la capacidad y volumen de los enterramientos que, tal vez, podría estar indicando un incremento de la capacidad productiva, los intercambios y las relaciones con otros grupos, así como la emergencia de una compleja jerarquización grupal. Mientras las tumbas del Bronce final son de volumen reducido, las estructuras funerarias de la Primera Edad del Hierro pueden llegar a los 1900 litros. El incremento de los ajuares cerámicos también es evidente en estas tumbas de la Edad del Hierro, ya que en numerosas ocasiones superan los conjuntos integrados simplemente por VC + T. De este modo, destacan aquellas tumbas con 3, 4 y 5 vasos (VC, T y VO), hasta un total de 14 vasos. Por lo que respecta a los metales, también se observan diferencias tanto a nivel cualitativo como cuantitativo. La proporción de metales aparecidos en las tumbas de la Primera Edad del Hierro supera, con mucho, el número de estos elementos exhumados en las tumbas del Bronce final. De esta manera, más de un 60% de las tumbas de la Primera Edad del Hierro incluyen, dentro de sus ajuares, algún elemento de bronce o de hierro. Por el contrario, durante el Bronce final, las tumbas con presencia de estos elementos suponen tan solo el 3,5% del total estudiado. Por otro lado, las tumbas de la Primera Edad del Hierro muestran una evolución en la arquitectura funeraria que podría indicar la superación de los anteriores esquemas constructivos y una concepción más elaborada del hábitat de los finados. Así pues, se construyen tumbas de morfología variada, con formas troncocónicas y elípticas, con *loculi*

centrales y, en algunos casos, encajes para soportar estructuras de sustentación de cubrimientos superiores. La disposición de los elementos que conforman el bagaje del difunto también es, en esta fase tardía de la necrópolis, más compleja y variada que en el Bronce final.

En la actualidad, estamos tratando de establecer una fasificación para el período de la Primera Edad del Hierro. Para ello, hemos realizado una propuesta teórica (Marlasca *et alii*, e. p.), pendiente de una contrastación definitiva, basada en el argumento de que algunas de las diferencias observadas en las tumbas, tanto en las estructuras arquitectónicas como en los elementos que componen los ajuares y sus asociaciones, pueden ser explicadas en clave cronológica.

De esta forma, presuponemos una primera fase caracterizada por un ritual funerario sencillo con algunas de las producciones cerámicas que van a ser típicas de este período, así como por la presencia de fíbulas de pivote y la ausencia de objetos de hierro. Esta fase se situaría dentro del siglo VIII ANE a juzgar por diversas dataciones radiocarbónicas calibradas que se asocian a las mismas cerámicas en yacimientos como Can Roqueta – DIASA⁸. Por la inexistencia de objetos realizados en hierro, aunque con la presencia de probables elementos pertenecientes al ámbito colonial mediterráneo a finales de este momento, podríamos deducir que nos encontramos ante una fase de transición hacia la verdadera Primera Edad del Hierro.

Hacia el 700 ANE podría observarse una dinámica continuista de la anterior fase con la llegada de las fíbulas de doble resorte en bronce y los primeros objetos férricos, fundamentalmente cuchillos de remaches tradicionalmente denominados *tipo Grand Bassin I*.

Por último, durante la segunda mitad del siglo VII ANE, se produce un cambio notable con la paulatina generalización de las tumbas complejas que aún convivirán con las sencillas, o la substitución de los anteriores tipos de fíbulas en bronce por las serpentiiformes y de resorte bilateral en hierro. Igualmente, se incorporan otros elementos tan característicos de esta necrópolis como los asadores de hierro y el *simpulum* de bronce, asociados a la celebración de banquetes, las hebillas de cinturón de bronce o los dos ejemplares de cerámicas a torno de clara filiación fenicia. Todos estos elementos, junto con la inexistencia de

⁸ Por ejemplo, la estructura 97 con 2725 ± 45 BP (MESTRES, 1999).

armamento y de producciones paleoibéricas, podrían marcar el momento final de la necrópolis durante el primer cuarto del siglo VI ANE.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M. (1977). El Pic dels Corbs de Sagunto y los campos de urnas del noreste de la Península Ibérica, *Saguntum* 12, pp. 89-141.
- BOQUER, S.; CARLÚS, X., y FRANCÈS, J. (1999). El conjunt ceràmic prehistòric. En GONZÁLEZ, P.; MARTÍN, A., y MORA, R. (coords.). *Can Roqueta. Un establiment pagès prehistòric i medieval (Sabadell, Vallès Occidental)*, pp. 89-148. Excavacions Arqueològiques a Catalunya, 16. Departament de Cultura. Generalitat de Catalunya. Barcelona.
- CARLÚS, X., (2002). *Caracterització de les estructures funeràries del Bronze Final de la necrópolis de Can Piteu – Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental, Barcelona)*. Trabajo de investigación de 3^{er} ciclo inédito. Universitat Autònoma de Barcelona.
- CLOP, X.; FAURA, M.; GANGONELLS, M.; MOLIST, M., y NAVARRO, C. (1998). *El Pla de la Bruguera, centre de distribució Sony. Castellar del Vallès (Vallès Occidental)*. Excavacions Arqueològiques a Catalunya, 15. Departament de Cultura. Generalitat de Catalunya. Barcelona.
- CARLÚS, X., y LARA, C. (2004). La necrópolis de camps d'urnes de Can Piteu – Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental). *Tribuna d'Arqueologia 2000-2001*, pp. 49-75.
- CLOP, X.; FAURA, J. M.; GANGONELLS, M., y NAVARRO, C. (1993). La necrópolis del Pla de la Bruguera, centre de distribució Sony (Castellar del Vallès, Vallès Occidental). *Primers resultats. Limes*, pp. 32-39.
- FERRÁNDEZ, M.; LAFUENTE, A.; LÓPEZ J. B., y PLENS, M. (1991). La necrópolis tumular d'incineració de La Colomina 1 (Gerb – La Noguera). Campaña d'excavacions 1987-1988. *Revista d'Arqueologia de Ponent* 1, pp. 136-137.
- FRANCÈS I FARRÉ, J. (1992). La cabana del Bronze Final de Can Bertran (Cerdanyola del Vallès, Vallès Occidental). *Limes* 2, pp. 29-41. Cerdañola del Vallès.
- GONZÁLEZ, P.; MARTÍN, A. y MORA, R. (1999). *Can Roqueta. Un establiment pagès prehistòric i medieval (Sabadell, Vallès Occidental)*. Excavacions Arqueològiques a Catalunya, 16, pp. 291-301. Departament de Cultura. Generalitat de Catalunya. Barcelona.
- JANIN, T. (2000). Nécropoles et sociétés élysiques: les communautés du Premier Âge du Fer en Languedoc occidental. *Archéologie de la mort, archéologie de la tombe au Premier Âge du Fer. Monographies d'Archéologie Méditerranéenne* 5, pp. 117-131.
- JANIN, T.; BURENS, A., y CAROZZA, L. (1997). *La nécropole protohistorique du Camp d'Alba à Réalville (Tarn et Garonne)*. UMR 154. Sociétés de la Protohistoire et de l'Antiquité en France méditerranéenne. Lattes/Toulouse.
- JANIN, T., y CHARDENON, N. (2000). L'évolution des pratiques funéraires du Mailhacien au Grand Bassin I (IX-VII s. Av. n. è). à propos des cimetières mailhacois. *Archéologie de la mort, archéologie de la tombe au Premier Âge du Fer. Monographies d'Archéologie Méditerranéenne* 5, p. 59-64. Lattes.
- KROGMAN, W. M. (1978). The human skeleton. En *Forensic medicine*. C. C. Thomas. Springfield.
- LARA, C. (2002). *Caracterització de les estructures funeràries de la Primera Edat del Ferro de la necrópolis de Can Piteu – Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental, Barcelona)*. Trabajo de investigación de 3^{er} ciclo inédito. Universitat Autònoma de Barcelona.
- MACKINLEY, J. I. (1993). Bone fragments size and weight of bone modern British cremation and its implications for the interpretation of archaeological cremations. *International Journal of Osteoarchaeology* 3, pp. 283-287.
- MARLASCA, R.; ROVIRA, M. C.; CARLÚS, X.; LARA, C.; LÓPEZ CACHERO, J., y VILLENA, N. (e. p.). Materiales de importación en la necrópolis de incineración de Can Piteu – Can Roqueta (Sabadell, Barcelona). *Congreso de Protohistoria del Mediterráneo Occidental. El Período Orientalizante (Mérida, 2003)*.
- MESTRES I TORRES, J. S. (1999). La datació per radiocarboni. En GONZÁLEZ, P.; MARTÍN, A., y MORA, R. (coord.). *Can Roqueta. Un establiment pagès prehistòric i medieval (Sabadell, Vallès Occidental)*, pp. 329-335. Excavacions Arqueològiques a Catalunya, 16. Departament de Cultura. Generalitat de Catalunya. Barcelona.
- MOLIST, M.; CRUELLES, M., y BUXÓ, D. (1986). Una nova necrópolis d'incineració a la Catalunya central: Coll s'Avenc (Tavertet, Osona). En *VI Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, pp. 97-102. Institut d'Estudis Ceretans. Puigcerdà.

- MOLIST, M.; CRUELLS, W., y ANFRUNS, J. (1991). Reflexions a l'entorn de la metodologia per a l'estudi de la necròpolis d'incineració. Aplicació als exemples d'Osona: Coll s'Avenc i Serrat de Balà (Tavertet). *Limes 1*, pp. 74-85.
- NICKELS, A.; MARCHAND, G., y SCHWALLER, M. (1989). Agde, la nécropole du Premier Âge du Fer. *Revue Archéologique Narbonnaise supplément 19*. París.
- OLIVA, M., y RIURO, F. (1968). Nuevos hallazgos en la necrópolis hallstática de Anglés (Gerona). *Pierna 4*, pp. 67-99.
- PALOL, P. (1943). Necrópolis hallstática de Agullana. *Ampurias v*, pp. 260-267.
- PALOL, P. (1958). *La necrópolis hallstática de Agullana (Gerona)*. Biblioteca Prehistórica Hispánica. CSIC. Madrid.
- PETIT, M. À. (1985). *Contribución al estudio de la Edad del Bronce en Cataluña (Comarcas del Moianés, Vallés Oriental, Vallés Occidental, Maresme, Barcelonés y Bajo Llobregat)*. Tesis doctoral inédita. Universidad Autónoma de Barcelona.
- PETIT, M. À. (1989). Can Missert, una necròpolis del Bronze Final al Vallès. *Terme*, pp. 7-12. Tarrasa.
- PICAZO MILLÁN, J. V. (1993). *La Edad del Bronce en el sur del Sistema Ibérico Turolense. 1: Los materiales cerámicos*. Monografías Arqueológicas del SAET, 7. Teruel.
- PONS I BRUN, E. (1984). *L'Empordà, de l'Edat del Bronce a la del Ferro (1100-600 a. C.)*. Sèrie Monogràfica, 4. Centre d'Investigacions Arqueològiques de Girona.
- PONS I BRUN, E. (2000). *Pobles de muntanya, pobles d'aigua al Pirineu Oriental (1100-650 a.C.)*, pp. 50-54. Col·lecció Papers de Recerca, 5. Brau. Olot.
- PONS, E., y SOLÉS, A. (2000). La necròpolis d'incineració del Pi de la Lliura (Vidreteres, La Selva). Excavació de salvament 1999. En *V Jornades d'Arqueologia de les comarques de Girona*. Olot.
- PONS, E. y SOLÉS, A. (2002). Pi de la Lliura (Vidreteres-La Selva). Primers avenços sobre la necròpolis d'incineració del Bronze Final (1100-950 a. C.). Part I: Medi, excavació i descripció analítica de les tombes. En *Quaderns de La Selva 14*, pp. 61-93.
- RAFEL, N. (1993). *Necròpolis del Coll del Moro (Gandesa, Terra Alta). Campanyes del 1984 al 1987*. Excavacions Arqueològiques a Catalunya, 12. Departament de Cultura. Generalitat de Catalunya. Barcelona.
- ROVIRA, J., y PETIT, M. À. (1997). *La unitat habitacional de Can Cortès (Sant Just Desvern, Barcelona). Una cabana del Bronze Final a l'antic estuari del riu Llobregat*. Monografies Arqueològiques, VIII. Barcelona.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1985). *Los campos de urnas del noreste de la Península Ibérica*. Universidad Complutense de Madrid.
- RUIZ ZAPATERO, G. (2001). Las comunidades del Bronce final: enterramiento y sociedad en los campos de urnas. En RUIZ GÁLVEZ, M. (coord.). *La Edad del Bronce, ¿primera Edad de Oro de España? Sociedad, economía e ideología*, pp. 257-288. Crítica Arqueología. Barcelona.
- TAFFANEL, O. y J., y JANIN, T. (1998). *La nécropole du Moulin à Mailhac (Aude)*, Monographies d'Archéologie Méditerranéenne, 1. Lattes.
- VILASECA, S. (1943). El poblado y la necrópolis prehistóricos del Molá (Tarragona). *Acta Arqueológica Hispánica 1*. Madrid.